



Revista de

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Órgano del

"CENTRO PLATÓN"

Publicación mensual



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. con residencia en
..... calle núm. piso se suscribe
a la Revista *PLUS ULTRA* por (1).

Firma del suscriptor,

NOTA. - Remítase este Boletín a la «Sociedad de Estudios Psicológicos», Duque de Alba, 3, remitiendo por Giro Postal, o en sellos de correos, el importe de la suscripción, que es: trimestre, 1,50, y año, 5 pesetas.

(1). Trimestre o año.

PLUS ULTRA

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
ORGANO DEL "CENTRO PLATÓN"

PUBLICACIÓN MENSUAL

AÑO I

MADRID, 1.º DE NOVIEMBRE DE 1925

NÚM. 2

SUMARIO

Propaganda.—Causas del atavismo y efectos que produce en el ser, por *Elias*.—Interesante: La lucha, por *A. D. N.*—Divergencias, por *Antonio Palomero Fernández*.—Nuestros poetas y el Espiritismo, por *Stop*.—Unidad de humanidades (conclusión), por *Elias*.—Ante Caifás, por el *Dr. Abdon Sánchez-Herrero*.

PROPAGANDA

Altamente reconocidos, acusamos recibo de las deferentes cartas que desde Algeciras y Palmas (Murcia) nos envían D. Patricio Vázquez y D. Bartolomé Bernal, en las que, después de anunciarnos su suscripción a nuestra Revista y la de otros cuatro y

siete hermanos más, respectivamente, nos alientan a perseverar en esta redentora empresa, hasta conseguir que el naciente Sol del Espiritismo ilumine todas las conciencias y redima a la Humanidad.

CAUSAS DEL ATAVISMO Y EFECTOS QUE PRODUCE EN EL SER

Sabido es por todo aquel que se haya dedicado al estudio de temas psicológicos que todos los seres de la creación, tanto los que gozan de existencia real como los que se hallan en potencia concebidos por el Padre, coexisten desde el principio de las cosas; pues, de no ser así, éste, potencia creadora, iría progresivamente aumentando el cúmulo de sus perfecciones al dar lugar a nuevas creaciones, y esta idea de perfectabilidad

pugna con el concepto infinito de que, desde todo punto de vista, se halla adornada la CAUSA INCREADA.

Pues bien; partiendo de este aserto, siendo el Padre infinito en todo, lo habrá de ser también desde el punto de vista de la justicia; pero para serlo precisaba que al concebir al ser le concibiera libre, libertad ésta que lleva aneja la consiguiente responsabilidad; de ahí que haya dotado al hombre de libre albedrío, génesis de todo

lo malo o bueno que éste escriba en su historia, dimanante de todo lo malo o bueno que hubiere verificado.

Siendo el ser libre desde un comienzo, siendo sus actos consecuencia inmediata del uso o abuso que haya hecho del libre albedrío, quedan catalogados todos ellos en su propio historial, incrustado en su conciencia, figurando en él las partidas del haber y del debe, de las cuales, según el saldo resultante, se deriva premio o responsabilidad.

Cada uno de los actos, buenos o malos, que el ser viene llevando a cabo desde la noche de los tiempos, desde el instante en que, individualizado, ingresara en el reino hominal, entraña una eficiencia próspera o adversa; de la suma de éstas, dentro del cómputo general que haya realizado, se desprende una resultante que impele al ser al mal o al bien, según impere la partida del debe o del haber.

Como vemos, el ser se halla, efecto del uso del libre albedrío, pegado a su pasado, a sus obras, como la lapa a la roca; su libertad de acción resulta mediatizada por el resultado de sus propios actos, y solamente la misericordia del Padre, irradiando hasta el ser a través de las entidades superiores del espacio, le intuye la fuerza de voluntad bastante para romper las lianas que halla en su camino y que le obstaculizan la práctica del bien.

A grandes rasgos, y según yo lo concibo, acabo de definir esa pugna constante entre la propensión al bien o al mal que se desarrolla dentro del marco de la conciencia del ser; como providencialmente la ley de evolución y del progreso actúa y seguirá actuando indefinidamente a través de continuadas claudicaciones, el ser progresa, el ser mejora, el ser se redime. Ved ahí la perspectiva de esa paloma mensajera

que lleva por nombre ESPERANZA, ya que teniendo por delante una infinitud de existencias que vivir, gracias a la magnanimidad del Padre, a pesar del ser, a pesar del atavismo muchas veces, no obstante determinadas paralizaciones nunca retrocede en la senda del progreso; la ley universal que lo guía se cumplirá de modo constante e indefinido y el ser irá mejorando y acercándose al foco de bondad y de vida: al Padre.

Sin necesidad de una definición concreta del atavismo, lo he expuesto por los efectos que de él dimanar, pudiendo sentar la tesis de que el atavismo, fuerza eficiente que irradia del pasado del ser, o es una rémora constante para el progreso del individuo, ya que entorpece, obstaculiza, como antes digo, la práctica del bien, o, por el contrario, es un sentimiento íntimo que nos hace felices al rememorar la caridad prodigada, el bien realizado, las penas mitigadas, las lágrimas enjugadas, incitándonos a proseguir obra tan meritoria, la cual marca hacia nuestro porvenir una fulgente traza que nos llevará rápida e indefinidamente a la mansión de los espíritus de luz, hacia los bienaventurados hermanos ya redimidos, hacia las cercanías de la Torre de Sión, en la cual mora la Causa del Universo, el secreto eternamente indescifrable para la humana razón.

Al desgaire y en conceptos someros he procurado en los anteriores párrafos bosquejar las causas del atavismo, preparando así, de este modo, la lógica hilación de las ideas expuestas para llegar al análisis de los efectos que aquél produce en el ser. Aun cuando sea en forma sintética, veamos lo que en este particular existe.

A poco que fijemos nuestra atención en la forma psicológica y fisiológica del ser nos hallamos frente a la varie-

dad infinita de individuos. Refiriéndonos a los que integran el reino hominal, ni uno solo es igual ni semejante a otro desde el punto de vista fisiológico; ni uno sólo igual, siempre distinto, no en esencia, a otro; examinado a través del prisma psicológico, la razón de todo ello es obvia. Al ser concebido el ser por el Padre, goza en potencia de todas las perfecciones; estas modalidades de perfectibilidad se hallan de continuo intervenidas por el libre albedrío desde el momento en que el ser ingresa en el reino hominal. Cada uno de los individuos que componen la infinitud de humanidades que pueblan el Universo ha hecho un uso distinto del libre albedrío; ora ha propendido al mal, ora ha practicado el bien; unos han derivado al materialismo; otros, al fanatismo, haciendo vida de ascetas; éste ha sido escéptico; aquél, místico; uno, austero; otro, dilapidador; de ahí esa gama diversificada de seres individualizados y pensantes esencialmente iguales, pero tan distintamente cotizados por su estructura moral.

Siendo una verdad inconcusa la influencia del espíritu sobre la materia, hallamos, a poco que nos fijemos, el porqué también de la variedad que, desde el punto de vista fisiológico, existe entre todos los seres, todos ellos distintos. Es para nosotros tesis casi axiomática el origen del ser; una vez concebido por el Padre, pasa en el decurso de los siglos por variadas fases de los reinos mineral, vegetal y animal; en un comienzo, en estado de inerte inconsciencia; más tarde, con inconsciente sensibilidad; a la postre, dotado de inteligencia al formar parte del reino hominal. En el transcurso de las distintas fases de este desarrollo progresivo, ha ido fatalmente influenciándose durante las modalidades de vida que ha tenido, y, además, según el uso hecho

del libre albedrío desde que fuera individualizado.

Hasta el menos cullo sabe la realidad de la ley de herencia fisiológica. Pues bien; no habrá de ser preciso forzar el comentario para comprender que el producto de dos sexos integra particularidades de cada uno, más las dimanantes de su propio ser espiritual. Ved, pues, demostrada, creo que de modo claro, la razón fundamental del porqué de la diferenciación del individuo encarnado, estudiado fisiológicamente.

Siendo mucho todo lo expuesto para el total esclarecimiento de la presente cuestión, existen, además, otras causas, provenientes del atavismo, que contribuyen a dicha diferenciación del ser.

En efecto, el uso hecho del libre albedrío por el ser encarnado o desencarnado motiva un premio o una responsabilidad; impera, como consecuencia de ello, la partida del haber o del debe; pero todo acto realizado, bueno o malo, entraña una fuerza impulsiva; de ahí que el pasado regule los actos todos del ser, dando al mismo un cariz progresivo o de estancamiento, según aquéllos sean.

La más que teoría, realidad, del atavismo del ser nos da la clave palmaria de muchos problemas psicológicos que en un principio se nos antojan insolubles. ¿Por qué razón individuos de una misma familia, hijos de unos mismos padres, que han respirado un mismo ambiente moral, que han recibido idéntica educación, aparecen siempre diferentes al estudiar sus condiciones psíquicas relativas a determinadas propensiones referentes a ciertos instintos, o bien al temperamento que prepondera en cada uno? Podemos sentar la tesis de que cada ser es uno y distinto de otro; podrá darse el caso de que entre dos seres existan coincidencias determinadas; nunca se podrá decir que

sus ecuaciones personales se confunden. Esta ostensible diferenciación es obra, en gran parte, del atavismo, ello debido a las razones antes expuestas.

Los fisiólogos, estudiando el problema humano a través de la materia, y llevando el análisis de ésta al campo del microscopio, han venido desechando la influencia psíquica, sentando, las más de las veces, aventuradas, ya que no gratuitas, afirmaciones. La evolución en los estudios de los problemas fisiológicos, quizá por intuición, va propendiendo a cotizar el factor psíquico para la resolución de los mismos. Son ya varios los médicos psiquiatras que con fe ciega dedican todo su esfuerzo personal al estudio de los fenómenos mentales. Cuanto más adentren en esta clase de trabajos, más prósperos serán los resultados que obtengan y más importantes las conquistas que realicen en pro de una humanidad doliente.

Sin conocimientos técnico-facultativos en la materia, es para mí axiomático que el temperamento en el ser guarda relación íntima y directa con el atavismo; que la propensión al mal y la inclinación al bien son consecuencias, si no directas del mismo, por lo menos en gran parte; de ahí que me explique yo hoy hechos trascendentales que antes no comprendiera. El Divino Maestro, esclarecido ser, amoroso hermano nuestro, ha tenido desde el momento de su individualización entereza bastante para no rozar siquiera el margen de la responsabilidad, dado que de sus actos se ha deducido solamente bondadosa ejemplaridad, llegando su abnegación en pro de la redención de la humanidad terrena hasta el horrendo sacrificio culminado en el Gólgota, hecho trascendental éste que fué la génesis básica de la regeneración de aque-

lla humanidad sumida en el caos del sensualismo y de la negación.

Examinemos a la ligera desde nuestro punto de vista aquel gesto épico por Jesús realizado frente a tanto fariseo por Pilato capitaneado, quien no obstante haberse lavado las manos como inhibición del bárbaro crimen de lesa humanidad que tuvo lugar en la persona del Nazareno, su responsabilidad por debilidad, por omisión, es de una evidencia obvia. En Jesús obsérvase una predisposición manifiesta para el sacrificio, consciente como era, por intuición, del bien que se derivaría de su crucifixión en favor de una generación encenagada en las más abyectas pasiones. Al obrar así, obedecía al atavismo, el cual le inducía a aquel derroche de bien. Pilatos, en cambio, con una estructura moral muy diferente, con una noción del bien muy debilitada, se dejó dominar por el egoísmo, le faltó voluntad y entereza, e inducido además por la vesania de su mujer, desoyó los consejos del ángel protector, y en aquella lucha cruenta entre el predominio del atavismo y las admoniciones del espacio, imperó aquél y con él tuvo lugar el baldón de cobardía que pesará sobre aquella humanidad desgraciada.

Análogas consideraciones pudiera hacer acerca de otros hechos; pero no tengo derecho a abusar de la paciencia del lector, y doy término a este ya largo escrito.

ELÍAS.

Madrid y octubre de 1925.

Los Centros y entidades a quienes enviamos periódicos harán una buena obra procurando que los hermanos lean nuestra Revista y manden adhesiones.

INTERESANTE

Por considerarla de actualidad, y en vista de su preciosa literatura, se inserta la siguiente poesía, que hace cuarenta y cinco años fué publicada en una revista que dirigía el conde de Torres Solanot, composición que se decía fué dictada por un ser de gran elevación:

LA LUCHA

Sin lucha no hay progreso en este mundo,
ni florece el laurel de la victoria;
luchemos, pues, con el afán profundo
de conquistar inmarcesible gloria.
¡Espiritistas! No peidáis segundo
si queremos borrar de nuestra historia
esa mancha indeleble del pasado
que el agua de los siglos no ha borrado.

Kardec vino a decirnos en buen hora
que era nuestra la vida del mañana,
que el que pide con fe y a Dios implora
adquiere una potencia sobrehumana;
que busquemos al mísero que llora,
y que siguiendo la moral cristiana
consolemos sus pena, su amargura,
con tierno afán, con maternal dulzura.

Que propaguemos la inmortal doctrina
con enérgica fe, con ardimiento;
y, pues, que ella hacia el bien nos encamina,
difundamos tan gran descubrimiento.
Tiene su credo la verdad divina,
es la ampliación del Nuevo Testamento;
es su propagación un beneficio;
dad la luz sin temor al sacrificio.

No hay doctrina sin mártires; la vida
sin un gran ideal vale muy poco;
y por la perfección indefinida
bien se puede luchar... y al mundo loco
dejadle que sin punto de partida
cantine como el ciego... ¡Yo os invoco,
espíritus del bien! Prestadme alivio.
¡Iluminad mi ardiente pensamiento!
¡Espiritistas! Repetid conmigo
que sin lucha el progreso no se alcanza;
la historia universal es buen testigo
que hacia el héroe se inclina la balanza.

Aquel que de luchar es enemigo;
aquel que tiene miedo y no se lanza
a plantar en el mundo el árbol santo
de la fe racional del adelanto;
aquel que ve la luz, que la posee,
y huyendo de sufrir se oculta y calla,
aquel es un apóstata y no cree
que la fe en la razón no encuentra valla.

Tenedle compasión... al que prevé
el triunfo de la acción, y la batalla
no la quiere emprender; al desdichado,
cuanto le dieron le será quitado.

Recordad a Kardec. Subió al calvario
con la resignación de su alma buena,
y pudo con su aplomo extraordinario,
con su razón tan firme y tan serena
combatir y vencer a su adversario...
que era el oscurantismo...; pero él, llena
su alma de convicción y de esperanza,
le dejó al hombre un puesto de bonanza.

Tengamos a Kardec por nuestro guía;
luchemos con valor, y en este mundo
sembremos la semilla que algún día
dará los frutos del amor profundo;
aliviemos del triste la agonía,
y luchando segundo por segundo
digamos a Kardec: ¡Bendito seas,
gran regenerador de las ideas!

A. D. N.

MUY RECOMENDADO

Como quiera que estamos en período de propaganda, y por dicha causa no tenemos corresponsales, rogamos a nuestros suscriptores envíen el importe de suscripción, por giro postal, al Administrador de PLUS ULTRA, calle de la Cabeza, 33, comercio.

Necesitando corresponsales fuera de Madrid, esperamos que los entusiastas del ideal nos escriban con sus proposiciones.

D I V E R G E N C I A S

Poco a poco.

Es tanto lo que a diario, en pro y en contra de nuestra doctrina, leemos en la Prensa, que precisaríamos un abultado volumen, no una modesta Revista, cual la nuestra, para apuntar cuantos comentarios nos sugieren. De la mayor parte de nuestra labor nos relevan los maestros en el pensar y en el sentir, pues tras un artículo, a veces salpicado de mofa, la pluma de un eximio escritor defendiendo nuestros ideales cicatriza con su bálsamo piadoso la herida recién abierta. Agradeciendo a unos su atinada defensa por la libertad del pensamiento y suplicando a otros depongan su actitud, vamos a ocuparnos de la esencia de un artículo de Manuel Bueno insertado en *A B C*.

Su sincera confesión, en la que el comedido periodista no hace un solo comentario, le pone a cubierto de todo prejuicio, porque se ciñe escuetamente a narrar su entrevista con madame de La Tommeray, magnífica *vidente* de París, donde fué llevado por su buen amigo y colega Augusto Shaw, quien llegó a verle trémulo de emoción por las manifestaciones hechas por la *medium* acerca de su pasado y su presente. El literato brasileño Shaw confiesa que no sólo leyó su infancia y juventud la vidente dama, sino que escuchó de sus labios cómo y cuáles fueron las mujeres que interesaron su corazón.

Manuel Bueno trata de calmar a su atribulado camarada citándole las teorías de los doctores Binet Souglé y William James; le recuerda las obras *El fin del secreto*, del primero, y *Estudios y reflexiones de un psiquista*, del segundo; le habla también del doctor Eugenio Osty... Los fundamentos, fruto de la labor de estos investigadores, forman parte de la vasta erudición de Augusto Shaw; pero confiesa, con honda preocupación, no encontrar en todos ellos la explicación de las causas del fenómeno que ha presenciado. Tanto intriga a Bueno cuanto escucha, que opta por convencerse personalmente y corre a casa de la notable *vidente*. Su prueba llega a más: no sólo lee su pasado, sino que ahonda en el mismo, narrando, incluso, secretos que conservaba éste escondidos en el corazón, y, para final, le transmite palabras de su madre, a quien define tal cual es, que le testimonian no le pierde de vista y constantemente vela por él.

Sin bombo ni platillos, pero gallardo y valiente, cuenta sus cuitas a los lectores. Desde

su tribuna explica cuanto vió, diciendo: *Yo no sueño ni deliro. Tengo el cerebro bastante fuerte y la lucidez no me abandona ni aun en los momentos más solcmanes. Esto que estoy presenciando es prodigioso... Entrego el caso a las disputas de los hombres.*

La prestigiosa pluma de Manuel Bueno le desliga de toda superchería, y poniendo en su artículo el nombre de su madre, satura el asunto de VERDAD.

Nosotros sólo decimos: ¡Llegó su hora!

Así, paulatinamente, los seres de ultratumba van mostrando la verdad. A los iniciados han de consultar su temor y sus dudas los timoratos, que no se atreven a *reformular* su CREDO por miedo a *delinquir*, olvidando que si esto ocurre es porque Dios lo permite, dando desde el *más allá* a las doctrinas su verdadera significación, ya que los hombres, torpes o egoístas, no supieron hacerlo.

La vuelta de los héroes.

Los primeros días de octubre fueron testigos del regreso a España de un puñado de valientes, resto del batallón del Infante, que por haber sobrevivido a la lucha, les cupo la *suerte* de recibir el agasajo y testimonio de admiración de sus compatriotas.

Aunque pase por nuestra mente la idea de que el despilfarro en flores y adornos pudo emplearse en dulcificar la penosa situación de los que quedaron allá, soportando la inclemencia del tiempo y las fatigas de la campaña, no hemos de regatear un ápice a cuanto se ofendió a esos hermanos, pues ellos al fin venían de cumplir un deber, y eso es digno de toda loa.

Con nuestro pensamiento nos encaminamos junto a aquellos que dieron su vida en Marruecos, y nuestro *Yo* acompañó al de las madres y hermanas que, ajenas a la fiesta nacional, llorando en el rincón más obscuro del huérfano hogar, trasladaban su espíritu a tierras africanas, buscando el ignorado sitio donde reposan los restos del ser querido. No siendo preciso ofrecerles vivas ni flores, elevamos a Dios nuestra modesta plegaria pidiendo su progreso espiritual.

¿Cómo negar que nuestro corazón latió fuertemente ante ciertos detalles de intensa emoción y nuestros ojos se preñaron de lágrimas cuando vimos a una humilde mujer romper la fila para abrazarse a un soldadito, que al besarla, después de muchos meses de ausencia, la pidió (¡madres admirables y santas!)

un sacrificio más: "Aguarde aún, madre... Después... Ahora, no...", y, marcial, continuó la marcha?

Conmovió lo más íntimo de nuestro ser el ofrecimiento hecho por la Reina a un valiente oficial, que perdió un brazo, de enviarle a Alemania para que le sea colocado un miembro artificial.

Pero lo que más nos encantó fué el haber dispuesto que presenciaran el desfile los niños de las escuelas, futuros ciudadanos del mañana...

Sus caritas, pálidas a veces por la alegría y a ratos convulsionadas de pena, nos hicieron filosofar.

El retorno de los soldados, dándoles sensación de paz, llevó contento a su alma. El aspecto de los repatriados y las sensibles mutaciones que llegaron como muestra hicieron correr por sus cuerpecitos el escalofrío del terror.

¡Hijos míos, que queden para siempre grabados en vuestra memoria estos momentos! Cuando seáis mayores, pensad en la Caridad y el Amor, que borrarán las fronteras, y al Mamarse los seres, sin distinción de colores ni razas, hermanos, habrán terminado las guerras.

Vosotras, nenas, muñequitas de blancos bebés, madres del porvenir, cuando tengáis en los brazos a vuestros hijos, al enseñarles a amar a Dios, habladles al alma para que exclamen, en su día, recordándoos: "No quiero guerras; mi madre me decía, cuando niño, que el trabajo, el estudio y el arte son las armas que los luchadores de mañana han de empuñar para la conquista magna: la Felicidad Mundial."

Espiritismo, videncia y engaño.

Bajo este título publicó *El Sol*, con fechas 1, 8 y 9 de agosto, una serie de artículos, *hijos* del doctor Lafora, en los que éste, de manera parcialísima, fustiga, porque sí, los fenómenos espiritistas.

El ver inserta en el mismo diario del 10 de octubre una réplica de Gómez Sebastián, nos impulsa a ocuparnos de ello, ante todo para agradecerle su intervención, aunque el cumplimiento del deber, y sobre todo cuando, como en este caso, va asesorado por la razón y la sinceridad, no precisa de aplausos ni encomios. Para ser espiritista no hace falta llamarse tal, sino serlo, y aunque usted lo niega, lo siente. Lo demuestra el hecho de defender su causa.

Se lamenta el querido colega de que ningún espiritista, o al menos un científico que, sin admitir las causas, crea en los fenómenos metapsíquicos, haya contestado al vehemente doctor, y a esto hemos de apuntar que, sin duda, no ha leído, entre otros, *Palabras al viento*, de Manuel Bueno (*A B C* del día 23 de septiembre; *Parisinas*, de Ceferino R. AVECILLA (*La Voz* de 10 y 19 de octubre); *Utopías*, de Mariano Benlliure y Tuero (*La Libertad* del 18 de octubre); *Metapsíquica y fraude*, de Salvador Madariaga (*El Sol* del 29 de septiembre), con cuyas controversias queda mal parada la *opinión* de aquél.

Nuestra parca pluma, animada por Gómez Sebastián, y ya en quinto o sexto lugar, se suma a los que discuten al doctor, poniendo su voto en contra de la tosca campaña de éste.

* * *

Como creyente sincero y modesto pensador, voy a hacer algunas observaciones al Sr. Lafora, pues científicamente no puedo discutir, por dos razones: porque no soy hombre de Ciencia y porque cuanto éste intenta demostrar está al margen de la parte científica, que es en la que debía basar sus afirmaciones quien ostenta un título como él.

Cada uno debe emplear sus armas. Las de los hombres que pertenecen a la Ciencia, son el laboratorio.

Predicando con el ejemplo, yo esgrimo las mías: la razón y lógica de los hechos, la controlación de los fenómenos, la percepción de una inteligencia en los mismos, ajena a los investigadores, y la demostración de que no es una utopía cuando de día en día más y más pensadores y filósofos se ocupan de esta materia.

Para apoyar su aseveración no tiene más cimiento que las *experiencias* del prestidigitador Houdini, a quien, para tratar en serio esta cuestión, hemos de descartar, pues en el momento que se llama *ilusionista*, cualquier fenómeno presentado por él ha de ser efectuado con los mismos procedimientos que convertir una naranja en un canario o hacer una tortilla en un sombrero, o sea a base de *trucos*.

Al pasar a sus manos, todo se trueca en un *juego más*, que nadie debe tomar en serio. Si viéramos a Houdini *hacer* la decapitación de una persona, aun admirando su destreza, de antemano sabríamos que se trataba de una ilusión; pues con el mismo criterio hemos de juzgar un *fenómeno espiritista* producido por

él: será un plagio más o menos acabado, nunca un fenómeno real.

Yo no acierto a explicarme cómo Houdini, capaz de realizarlos, propuso al Sr. Argamilla llegar a una inteligencia. ¡Buena gana de repartir los ingresos que su arte le produciría con este vidente, cuando le puede bastar con un modesto *compadre* a quien pague un exiguo jornal!

Queda, pues, por tierra el argumento de fuerza que emplea el doctor Lafora.

Las mentalidades que han tocado estos problemas, si no los aceptan o no les satisfacen, los respetan sin discutirlos y buscan su explicación en otros planos. Los que han entrevisto algo más que un pasatiempo o fantasía de la mente humana, y son muchos, pasan el resto de sus días dedicados a su estudio y escudriñando con tesón de sabios.

En este campo, en el de la investigación científica, debió trabajar el doctor, porque no quiero que tome forma en mi cerebro la idea que cruza por él rápidamente: que se crea superior a todos cuantos se ocupan de estas cosas, que sea el elegido para mostrarnos la verdad, y con una clarividencia en la que no cree, nos descifre el enigma. Quédense el razonar y sacar consecuencias (nos permitirá el señor Lafora que podamos estar dotados de la condición de no comulgar con ruedas de molino) para nosotros sin principios científicos; pero no para quien domina, como él, una ciencia, pues nos lleva a pensar que si no echa mano de ella es porque no la da valor y para negar y censurar nuestras quimeras se afianza en hipótesis.

¿No cree significativo el hecho de que en toda reunión formada al principio en cualquier punto del planeta Tierra los fenómenos se produjeron de idéntica manera y las enseñanzas de los desencarnados fueron las mismas e iguales las explicaciones dadas por éstos para resolver nuestras dudas?

Pasemos al terreno de la hipótesis, ya que la hemos sacado a relucir, y supongamos que todo fuera producto de nuestra imaginación. La rara coincidencia en distintos sitios del globo nos testimoniaría se trataba de una verdad que, en estado latente, anidaba en nuestra alma, o ese era el anhelo humano, y en este caso, como todo cuanto el hombre ansía, sería, tarde o temprano, una realidad; pues el libre albedrío y la voluntad son atributos que Dios concedió a sus hijos para que lleven a cabo su deseo, si la finalidad de éste es el bien. Pero, por fortuna, no son fantasías ni honradamente, y sin pasión podrá asegurar el

Sr. Lafora que todo es obra de cuatro mixtificadores, pues aunque asegura que el propio Houdini, nombrado por la Policía de New-York jefe de una sección especial, disfrazado de viejo descubrió a una estafadora que, fingiéndose "médium", vaciaba los bolsillos de incautos creyentes, no debe olvidar que, precisamente, esta corporación policiaca americana cuenta entre sus agentes con veinte "médiums", de los que dispone para sus investigaciones criminales.

Recientemente, en Chicago fué asesinado el joven abogado Robin Cooper. Su cadáver fué encontrado en la calle diez días antes del matrimonio de la víctima con la hija de un acaudalado industrial. Los más renombrados *detectives* habían declarado su impotencia, cuando, casualmente, llega a Chicago el "médium" Gabriel Hazen, el cual vió en trance, cerca del muerto, una negra, cuyo nombre—Mora Jones—consiguió dar. Esta mujer fué perseguida, descubriéndose la casa de su amante, donde se hallaron prendas de vestir manchadas de sangre. Los culpables, al fin, confesaron su crimen, y el "médium" Hazen ha sido agregado oficialmente a la policía de Chicago.

¿Quiere el doctor Lafora un caso recentísimo y perfectamente controlable?

El doctor Puelles, de Sevilla, director de la Clínica Electro-Médica Radiológica y de una gran revista médica, nos comunica el siguiente caso, que damos tal como nos lo envía:

"LA ÚLTIMA VISITA

Hacia ya mucho tiempo no sabía yo nada de mi maestro y querido amigo el doctor D. Francisco Sánchez Pizjuán. La última vez que le había visto fué cuando estuvo en mi casa a enterarse de mi estado de salud, hallándome en cama desde hacía once meses con las quemaduras de los rayos X, que tan en peligro pusieron mi vida. Después no le había vuelto a ver; yo, sin salir a la calle, porque mi estado de salud no me lo permitía, y él, que tampoco andaba muy bien, no hubo forma de que nos volviéramos a encontrar.

Una noche me había acostado, como de costumbre, y me hallaba en el más profundo sueño, cuando en él vi la figura respetable de mi querido maestro y amigo. Don Francisco no estaba vestido con las ropas ordinarias, sino que cubría su esbello cuerpo una túnica o bata blanca, y en lugar de tener aquella sonrisa que siempre había en sus labios, expresión de su genio alegre y de su carácter zumbón, tenía una seriedad y una tristeza que no eran frecuentes en él. Adelantaba hacia mí y el brazo

derecho se elevaba hacia arriba, señalándome con el índice de la mano derecha hacia lo alto.

Extrañado de la inesperada visita, alegre por recibiría, desperté, y en aquel momento oí claramente el reloj de la plaza de San Fernando, el de las Casas Consistoriales, que daba las cuatro de la mañana.

—¡Francisca, Francisca!—dije a mi señora—, despierta. D. Francisco Sánchez Pizjuán acaba de morir...

—¡Por Dios, hombre! ¿Para eso me despiertas?

Por la mañana, lo primero que hice fué leer la prensa local. En lugar preferente se ocupaba del fallecimiento del gran operador D. Francisco Sánchez Pizjuán.

No satisfecho con esta noticia, fui a la Casa de Socorra, de la que era director, y pregunté por el señor médico de guardia cuando el fallecimiento de don Francisco, contestándome el que la había estado:

—Yo estaba de guardia. Por cierto que en el momento de expirar don Francisco daban las

cuatro de la mañana en el reloj del Ayuntamiento, que fué el que yo oí.

(De la Revista de Estudios Metapsíquicos—Madrid.)

Pero, querido doctor, en sus investigaciones ¿no ha presenciado el caso de un "médium" analfabeto empleando en trance frases cuyo significado no conocía, tratar temas inaccesibles para su corta inteligencia y facilitar datos que los asistentes han tenido que inquirir a posteriori, prueba innegable de que no pudo tomar parte la transmisión del pensamiento ni la sugestión?

Si no le satisfacen esta clase de estudios, no reste tiempo en discutirlos y dedíquelo a su Ciencia. Deje tranquilos a estos equivocados espiritistas, que dicen con Jesús: "El que tenga oídos para oír, que oiga", y tratándole con más amor, sólo exclaman: "¿Aun no sonó su hora!..."

ANTONIO PALMERO FERNÁNDEZ.

NUESTROS POETAS Y EL ESPIRITISMO

LA TIERRA NO ES EL CENTRO DE LAS ALMAS

Este pensamiento se lo recordó un espíritu a Bartolomé Leonardo de Argensola, cultísimo poeta castellano, que mereció los elogios de Cervantes y Lope de Vega. No otra cosa se deduce de la lectura de su soneto "A la Providencia", que dice así:

"Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude a tribunal augusto?"

¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto,
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que más las reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?"

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inícuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando, ricndo,
celestial ninfa apareció y me dijo:

¡Ciego! ¿Es la Tierra el centro de las almas?"

Lo que interpretaría Argensola como una inspiración suya, pero sin darle la explicación que nosotros le damos, no es, a nuestro entender, más que un caso de comunicación de un espíritu para contestar a la interrogación del poeta.

¿Cuántos creyentes sinceros, en esos momentos de angustia en que el ánimo más valiente desfallece, no habrán hecho la misma interrogación que hiciera el autor de este soneto! Todos no habrán tenido la fortuna de recibir una contestación tan directa y hermosa; pero todos, al reflexionar, habrán llegado a la misma conclusión que él llegara.

No, lector; el centro de las almas no puede ser este mundo material, donde sólo estamos de paso para purificarnos por el sufrimiento en nuestra constante evolución hacia el Padre, pues aquí tenemos que purgar los errores de nuestras existencias pasadas y prepararnos para las sucesivas, hasta que limpios por completo de mancha podamos elevarnos a la región donde moran los primeros que supieron conocerle, por conocer en todo su obra.

Yerra quien crea que las desigualdades sociales en que con frecuencia vemos triunfar la maldad y oprimida la inocencia son injusticias de la Providencia. Decir que Dios es injusto es lo mismo que negarle, pues el Ser Supremo sólo puede concebirse con todos sus atributos, y el ateísmo es la ofuscación mayor en que puede caer la inteligencia humana, arrastrada por su orgullo y su ignorancia.

Y este error dimana del desconocimiento de la ley de la reencarnación, que nos enseña que esta vida material por que atravesamos no es la primera ni será la última, que nuestros dolores presentes son medios de depuración que han de servirnos para que avancemos en el camino de nuestro progreso.

No es un argumento en contra de la reencarnación el que no recordemos nuestras existencias pasadas, pues este recuerdo está latente en nosotros; se despierta en los intervalos de nuestra vida espiritual errante; conservamos íntegra la esencia de nuestra experiencia acumulada, del progreso alcanzado en cada una de las existencias anteriores, viniendo a constituir ese juez severo y vigilante que nunca nos engaña, que siempre nos advierte que obramos mal o nos alienta en el camino del bien; es, en suma, nuestra voz interior, nuestra conciencia. El olvido del detalle de nuestro pasado mientras vivimos en la materia es un bien, es una necesidad, pues si lo conociéramos nos horrorizaríamos muchas veces y nos faltaría el valor para las pruebas que nos esperan; no podríamos quizá convivir con los que en una encarnación pertenecen a nuestra familia y en otra u otras anteriores fueron nuestros más encarnizados enemigos; pues así Dios lo permite para el olvido de las ofensas, para la mutua atracción entre los espíritus y el mutuo perdón. Además, cuando es necesario, la Providencia permite para nuestro progreso que se descorra un poco el velo de nuestro pasado,

pues siempre con infinita bondad atiende nuestros ruegos, nos concede cuanto le pedimos, si es para el bien de nuestro espíritu.

Y las dudas, las vacilaciones no germinan precisamente en los ignorantes, sino que arraigan en los cerebros cultos, porque su razón está en pugna con la fe que les enseñaron. Se duelen amargamente de las injusticias terrenas y temen con lógica a la muerte, pues si esta existencia fuera única, si en ella arriesgáramos definitivamente nuestra salvación o condenación eternas, dados nuestros muchos defectos, nuestras pasiones, ¿quién podría tener la seguridad de hacer los méritos suficientes en tan corto tiempo para ser admitido después en la morada de los justos? ¿Y cómo vamos a creer que Dios, que siente un amor infinito por todas sus criaturas, las haya creado para condenarlas luego al tormento eterno?

Esto sería absurdo. Nuestras existencias son muchas; nuestra evolución, constante; nuestro progreso, hijo de nuestro trabajo, de nuestros actos; nuestros sufrimientos, expiaciones; el centro de nuestros espíritus, el lugar donde moran los que ya lograron limpiarse de nuestras imperfecciones materiales. Y cuando vacilemos, cuando el desaliento, cuando el gusano de la duda nos atormente y pretenda roer nuestras convicciones, acordémonos del soneto de Argensola:

“¡Ciego! ¿Es la Tierra el centro de las almas?”

Stor.

UNIDAD DE HUMANIDADES

(CONCLUSIÓN)

Si nos referimos a determinados pasajes de la historia antigua, encontramos muchos de ellos, por completo gratuitos, según los cuales, el hombre fué creado en edad viril en la Tierra y la mujer, formada de una costilla suplementaria, arrancada, sin dolor, al primer hombre durante el sueño.

También en este particular deshace Flammarion este craso error con el siguiente razonamiento:

“La ciencia contemporánea nos demuestra que todas las especies vivientes, tanto animales como vegetales, tienen entre sí evidente relación de parentesco, y que las fases sucesivas de la Historia Natural se entrelazan como anillos de una misma cadena, como el desarrollo de un mismo plan, como las ramas de un

mismo árbol. La anatomía del cuerpo humano es la misma que la de los animales, cuya forma se aleja menos de la nuestra, y la osteología, como la embriología, están acordes con la paleontología para demostrar que si nosotros tenemos nuestro cuerpo, nuestro esqueleto, nuestro sistema nervioso, nuestra forma, nuestra cabeza, nuestro corazón, nuestros pulmones, etc., es porque los animales que nos han precedido en la escala de la creación tenían los mismos elementos, y de escalón en escalón nos remontamos hasta los organismos rudimentarios, de los cuales ha procedido la vida terrestre toda entera por vía de desarrollo.

“La paleontología nos prueba que las especies vegetales y animales se han ido sucediendo lentamente, desde el origen hasta el hom-

bre, procediendo de lo simple a lo compuesto. Las primeras plantas fueron algas, setas, líquenes, musgos, que ni tienen hojas, ni flores, ni frutos. Los primeros animales fueron zoófitos, esponjas, gusanos, ciertos infusorios, que ni tienen vista, ni olfato, ni corazón, ni estómago, ni órgano, y el origen más elemental, aun en estos primeros organismos, parece ser un globulillo gelatinoso, la célula.

"Al principio de su existencia, el hombre es como cualquier otro animal: un óvulo, una simple célula. El óvulo es esencialmente semejante al de los demás mamíferos. En el primer período es absolutamente imposible distinguir el embrión del hombre del de otros mamíferos, de las aves, del reptil; en las primeras semanas de su vida embrionaria pasa el hombre sucesivamente por las principales especies animales, que existen aún. Su embrión recorre la misma serie de metamorfosis que durante un período inconmensurable de tiempo recorrieron sus predecesores antes que él. Ciertas fases primordiales del desarrollo humano corresponden absolutamente a ciertas conformaciones que persisten toda la vida en los peces. Después, la organización primero se hace pisciforme; después, anfibia. Es mucho más tarde cuando aparecen los caracteres peculiares a los mamíferos. Hay perfecto paralelismo entre la evolución embriológica del individuo y la evolución paleontológica del grupo entero a que pertenece; y este hecho interesante, tan capital, no puede explicarse sino por la acción combinada de las leyes de la herencia y de la adaptación. Recorriendo así una serie de formas transitorias, cada animal, cada planta nos producen, en una sucesión rápida y en sus contornos generales, la larga y lenta serie evolutiva de las formas, por las cuales han pasado todos sus antecesores desde las edades más remotas.

"El origen de los demás planetas es el mismo que el de la Tierra; todos han empezado por el estado gaseoso; han sido primero verdaderos soles luminosos por sí mismos, se han enfriado después, condensándose, cubriéndose con una corteza sólida; han pasado por transformaciones físico-químicas análogas, y han visto aparecer la vida elemental en el seno de las aguas tibias en la época en que las evoluciones inorgánicas han dado lugar a la primera formación orgánica."

Voy a dar fin a esta ya larga monografía exponiendo mi modesto parecer acerca de las tan debatidas cuestiones: ¿Están habitados el Sol y la Luna?

En lo que al astro rey se refiere, Herschel, Humbolt y Arago lo han creído posible en la época en que prevalecía la opinión de que la luz y el calor, que él nos envía, se producían, no en su seno mismo, sino en una capa exterior, una fotosfera, que le circundaba a gran distancia y estaba separada de su superficie por una atmósfera que reflejaba la luz hacia fuera. Hoy ya, el hecho conocido de que el globo solar no es sólido, sino líquido y aun gaseoso, y más ardiente que un metal en fusión, no nos permite admitir la posibilidad de una vida orgánica en una superficie móvil y ondulante.

Sin embargo, preciso es confesar que, desde el punto general ontológico, esta negación no debe tomarse en un sentido estricto, por cuanto porque no conocemos nosotros seres que puedan vivir en el fuego, no por eso estamos autorizados para poner un veto formal a la potencia creadora de la Naturaleza. Aparte de esto, salta a la vista un nuevo aspecto de la cuestión: ¿se sabe el origen de la luz que irradia del Sol? Que yo sepa, no se ha llegado a puntualizar este importante extremo. ¿Quién podría negar, sin alardear de atrevido, que dicha luz, y lo mismo podríamos decir de la que irradia de las restantes estrellas, no proviene de un colosal conglomerado de entidades superiores espirituales cuya luz propia provoca ese torrente de vida que irradiando de su núcleo va a vivificar, no sólo los planetas por nosotros conocidos, sino otros muchos más del mismo sistema pendientes de descubrimiento? Falto de elementos de juicio dimanantes de una meditada observación, debemos detenernos en el umbral de la afirmación o negación, marcando en el horizonte de nuestras ideas un interrogante, símbolo de duda y de discreto respeto ante lo ignoto.

Dada la proximidad de la Luna a nosotros y el gran alcance de los aparatos astronómicos que la humanidad terrena hoy posee, se ha conseguido situar a dicho satélite a una distancia inverosímil, hasta el extremo de que se tiene un conocimiento acabado de todas las rugosidades de su helada superficie. La Ciencia ha venido a demostrarnos, con la elocuencia de sus deducciones, que en la Luna no cabe vida orgánica, por no existir en ella una atmósfera como la nuestra, o, caso de haber alguna, sería muy rudimentaria. Entre varias razones que se alegan para afirmar la no existencia de aquélla, figura la consideración de que cuando se la mira en noche estrellada aparecen las sombras que proyectan sus mon-

tañas sin solución de continuidad con la parte de las mismas alumbradas por la luz solar; en una palabra, sin existir penumbra, que, como se sabe, ella proviene de la transformación de la luz al atravesar la atmósfera; así es que se observa que la separación de las partes iluminadas de las que no lo están se efectúa en línea recta, geoméricamente hablando.

Siendo esta consecuencia de la observación una realidad, no perdamos de vista que para llegar a ella se ha partido de la misma hipótesis, mejor dicho, de la misma base falsa de pretender enjuiciar las cuestiones del espacio desde un punto de vista terreno. ¿Quién nos asegura, dada la infinita facultad de la CAUSA INCREADA, que en aquel planeta no existan moradores atemperados a las condiciones climatológicas del mismo, diametralmente opuestas a las de los habitantes de la Tierra? No perdamos de vista que es esta cuestión demasiado abstrusa para abarcarla con tanta facilidad.

Existen algunas razones aparentes para creer:

que la Luna fué habitada en lo pasado y que dejó de serlo desde hace varios siglos. La observación telescópica nos presenta a este satélite como un astro del cual se retiró la vida. La teoría confirma este hecho estableciendo que lo exiguo de mundo lunar y su carencia de flúidos acuosos y de atmósfera debieron acelerar su enfriamiento, hasta el punto de que su calor originario habría podido perderse por completo por la libre radiación en el espacio antes de que la temperatura terrestre nubiera bajado lo bastante para permitir la habitación del hombre. Siendo todo esto cierto, no olvidemos que nos seguimos moviendo en una hipótesis y que, salvo pecar de osados, debemos abstenernos de sentar una afirmación rotunda en uno u otro sentido, limitádonos a admitir la posibilidad de que existan los habitantes selenitas en las condiciones propias de aquel planeta.

ELÍAS.

Madrid y octubre de 1925.

ANTE CAIFÁS

(MEDITACIÓN)

Caifás fué el Sumo Sacerdote de los hebreos durante la trágica Pasión del Salvador. Era yerno de Anás, príncipe de los sacerdotes.

Durante estas horas pudo verse en Jerusalem la influencia de las pasiones inhumanas entre los poderosos de la Tierra, entre los elementos directores de aquella sociedad.

Nunca se vió mejor demostrado el antiguo refrán de que "pasión quita conocimiento". En efecto; sacerdotes, fariseos y doctores de la ley se allaron para conseguir su fin: matar a Cristo. Con razón dijo este Maestro: "Por sus frutos se conoce el árbol."

¿Cómo era Caifás? Un espíritu atrasado, incapaz de comprender la grandeza de Cristo, sin noción siquiera de la justicia, puesto que él fué quien dió el consejo de que "era necesario que un hombre muriese por el pueblo".

Los seres pequeños y mezquinos son enemigos encarnizados de todo aquel que vale, del que brilla, del que se distingue, del que trabaja, porque en su fuero interno reconocen que no pueden igualarle.

Pero "las águilas no cazan moscas". Los espíritus superiores no hacen caso de tales miserias. Se dedican al cumplimiento de su misión, pensando en su porvenir y sabiendo que la posteridad les hará justicia. Así, Caifás mereció el anatema de la Historia y el Salvador

se convirtió en el imán de todas las generaciones.

Caifás era del linaje sacerdotal. Representaba el elemento tradicionalista, el conservador, de la sociedad israelita. Permanecía apegado a la letra de la Sagrada Escritura, sin comprender su sentido espiritual y vivificante, con la adhesión de la parietaria al muro.

Jesús, al contrario, representaba al amor, voluntad fija de Dios, en cuyo seno ha de verificarse el ascenso humano, por el progreso individual indefinido. El Salvador es el espíritu más poderoso, por ser el más caritativo. Es la Caridad máxima. A mayor amor, mayor poder, mayor voluntad. Eso es lo que demuestra a los buenos observadores la experiencia diaria.

Pero entre los malos existe también la ley de afinidad, como se observa entre los buenos. Les reúne la identidad del sentimiento, del odio y el deseo inhumano de hacer el mal. Ya lo dice el pueblo: "Dios los cría y ellos se juntan", demostrando que sabe muy bien la tenencia de los bandidos a asociarse.

Entonces (después de la resurrección de Lázaro) se verificó un consejo de todos los enemigos de Jesús, en casa de Caifás, en que quedaron ultimados todos los detalles de su detención y de su muerte.

Pero sus planes hubieran fracasado de no

intervenir aquel Judas Iscariote que vendió a su Maestro por codicia y que con su traición lo facilitó todo.

Tenían los sacerdotes contra el Salvador otro motivo de disgusto. Ellos, como pertenecientes a la tribu de Leví, a la cual confió Moisés el culto religioso, se creían los únicos autorizados para intervenir en la Religión.

Jesús nació en la tribu de Judá, y, por lo tanto, no estaba por eso, a juicio de aquéllos, capacitado para predicar. Creían, apoyándose en la ley mosaica, que nadie más que los sacerdotes podían enseñar las verdades del orden religioso.

Pero Dios es superior a los hombres y hay que obedecerle a El antes que a éstos. Por entenderlo así, Jesús enseñó siempre. Enseñar es iluminar, y dijo: "El que me envió (el Padre) es verdadero y yo lo que oí de El, eso hablo en el mundo."

Caifás se dirigió al Salvador, preguntándole: "Yo te conjuro, en nombre de Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo, su hijo."

Sin duda creyó este desgraciado que Jesús, por temor a la desencarnación, iba a negar en aquel solemne momento su naturaleza y su misión.

Error craso. Es peculiar de estos espíritus mezquinos, como Caifás, medir las conciencias ajenas por la suya propia. Creer que a los otros les dominan los mismos vicios y pasiones que a ellos les atormentan. Si pudieran, los gusanos matarían a todas las águilas. Pero, gracias a Dios, *no pueden*.

¿Qué sería de la Humanidad si los genios dejasen de hablar y de escribir? Quedaríamos estacionados en las tinieblas, y esto no es posible.

Pero Cristo, que es la verdad, la decía y la hacía en todo momento y lugar. Y respondió al Sumo Sacerdote: "Sí, yo soy, y os digo que algún día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios y venir sobre las nubes del cielo."

Que Cristo era el Mesías, el enviado de Dios para destruir al mal, lo dijo él mismo en la última cena: "Que te conozcan a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

Dirigiéndose a sus enemigos, los judíos, les dijo: "Aunque yo doy testimonio de mí mismo, éste es verdadero porque *sé de dónde vengo y adónde voy*. Mas vosotros no lo sabéis." Luego un ser con tan clara conciencia de su destino, ¿lo iba a negar delante de Caifás?

Que Jesús había de sentarse a la diestra de Dios es una revelación divina al profeta David. Lector, repasa el libro de Salmos y hallarás uno que dice así: "Dijo el Señor (el Padre) a mí Señor (Jesús): Siéntate a mi diestra entre tanto que pongo a tus enemigos por estrado de tus pies."

¿Qué enseñanza podemos deducir de esto? Una muy importante. Como Jesús en el espacio no tenía ya su organismo de carne y hueso (que, como todos los cadáveres, quedó en la Tierra), poseía un peri-espíritu sutil, como lo tenemos todos, para la vida espiritual. Luego Jesús es perpetuo, como los demás hijos de Dios, y su peri-espíritu es de un ritmo vibratorio enorme, de una luminosidad extraordinaria, como se vió durante su transfiguración en el monte Tabor.

¿Y qué significa la frase "venir sobre las nubes del cielo"? Ninguna dificultad para explicar esto tenemos los cultivadores del Espiritismo.

Sabemos que nuestro organismo, compuesto de transeunte materia pesada, está sometido a la gravitación. Pero nuestro peri-espíritu es de naturaleza fluidica, imponderable, o sea que carece de peso.

De esa cualidad deriva el hecho de que los espíritus errantes pueden volar por la atmósfera con más velocidad y seguridad que los pájaros y que los aeroplanos. (Véase el viaje Nápoles-Barcelona-Granada, ejecutado por Marietta, y el de Saboya-Nápoles, que realizó Estrella durante su segunda erraticidad. Esto es, después de ser *la Sombra*.) Luego ninguna dificultad tengo para entender que pueda venir Jesús sobre las nubes del cielo.

Y ¿cómo entender que dijese que aquellos mismos (Caifás y sus acompañantes) que entonces le escuchaban *te viesen volver*? He aquí lo que no podrá explicar la Iglesia mientras se aferre a la idea falsa de una existencia única, para el total progreso de cada espíritu.

En cambio, nosotros, con la ley de la reencarnación, nos lo explicamos con la mayor sencillez y claridad. Esos adversarios de Cristo podrán reencarnar en aquella época y verle en toda su gloria. ¿Comprendes ahora, lector, por qué dijo Jesús que aunque pasen el Cielo y la Tierra no pasarán sus palabras?

DR. ABDÓN SÁNCHEZ-HERRERO.

Abril, 1925.

Sociedad
de
Estudios Psicológicos

— — — — —
"CENTRO PLATÓN"

Duque de Alba, 3, pral.

MADRID

SU OBJETO:

El estudio del Espiritismo en lo que tiene de aplicable a la moral y al conocimiento del mundo invisible, por medio de sesiones, conferencias, lectura de obras espíritas, cursos de enseñanza, etc.

SU LEMA:

El bien por el bien y sin caridad no hay salvación posible.

CUOTA MENSUAL:

Asociados varones. . . 3,50 pesetas.
Asociadas hembras. . . 2,50 »

En esta cuota está comprendida la suscripción a la Revista.